



## LA DIVINA EUCHARISTÍA

### DIRECTORIO PARA LA ADORACION

La adoración en espíritu y en verdad.

*Pater tales quaerit qui ad-  
vent eum... in spiritu et veritate'*

«El Padre busca adoradores en  
espíritu y en verdad.»

(JOANN., VI, 23.)

#### I

**L**A Adoración eucarística tiene por objeto la divina Persona de Nuestro Señor Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento.

Allí está vivo, queriendo que nosotros le hablemos para hablarnos Él á su vez.

Todo el mundo puede hablar á Nuestro Señor. ¿No está allí para todos? ¿No nos ha dicho: *Venid todos á mí?*

Y este coloquio que se establece entre el alma y Nuestro Señor es la verdadera meditación eucarística: en esto consiste la adoración.

Todo el mundo tiene la gracia para ello. Mas para hacerlo con éxito y evitar la rutina ó la aridez del espíritu y del corazón, es necesario que los adoradores se inspiren en los gratos atractivos de los diversos misterios de la vida de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen ó de las virtudes de los Santos, á fin de honrar y glorificar al Dios de la Eucaristía por todas las virtudes de su vida mortal, así como también por las de todos los Santos, para quienes Él fué la gracia y el fin, y hoy es la corona de gloria.

Considera la hora de adoración que se te ha concedido como una hora del Paraíso; ve allí como se va al cielo, al banquete divino, y esta hora será deseada y saludada con plácemes. — Agita suavemente en tu corazón el deseo de esta hora. Di: «Dentro de cuatro horas, de dos horas, de una hora, iré á la audiencia de gracia y de amor de Nuestro Señor Jesucristo: Él me ha invitado, me espera y desea tenerme á su lado.»

Cuando la naturaleza os depare una hora penosa, regocijaos más en la presencia de Dios: vuestro amor será más grande porque sufrirá más: esta es la hora privilegiada que será contada por dos.

Cuando por enfermedad ó imposibilidad no podáis hacer vuestra adoración, dejad que vuestro corazón se contriste un instante: constituíos luego en adoración, en espíritu juntamente con aquellos que hacen su adoración en aquel momento: en vuestro lecho de dolor, en los viajes ó durante el trabajo que os ocupa, guardad un mayor recogimiento durante esa hora, y conseguiréis el mismo fruto que si hubieseis podido ir á los pies del buen Señor: esta hora será tenida en cuenta, y tal vez doblado su valor.

Id á Nuestro Señor tal y como sois: que vuestra meditación sea natural. — Agotad vuestro caudal de piedad y de amor antes de hacer uso de los libros; aficionaos al libro inagotable de la humildad y del amor. — Que os acompañe un libro piadoso para volveros al buen camino cuando el espíritu se extravía ó cuando vuestros sentidos se adormecen, está muy bien; pero tened presente que nuestro buen Señor prefiere la pobreza de nuestro corazón á los más sublimes pensamientos y afectos tomados de otros.

Sabed bien que Nuestro Dios y Señor quiere nuestro corazón y no el de otros: Él quiere el pensamiento y la oración de este corazón como la expresión natural de nuestro amor hacia Él.

Frecuentemente es fruto de un sutil amor propio, de la impaciencia ó de la cobardía, el no querer ir uno al Señor con su propia miseria ó su humillada pobreza; y sin embargo, esto es lo que el Señor prefiere á todo lo demás, esto es lo que Él ama y bendice.

Os halláis en la aridez, pues glorificad la gracia de Dios, sin la cual nada podéis; abrid entonces vuestra alma al cielo, bien así como la flor abre su cáliz á la salida del sol para recibir el rocío bienhechor.

Os halláis en la más completa impotencia, el espíritu entre tinieblas, el corazón bajo el peso de su frivolidad, el cuerpo atormentado por el dolor; haced entonces la adoración del pobre; salid de vuestra pobreza é id á habitar junto al Señor, ó bien ofrecedle vuestra pobreza para que Él la trueque en riqueza: esto es una gran obra digna de su gloria.

Mas os encontráis tal vez en el estado de tentación y tristeza, todo se conjura contra vosotros, todo os lleva á abandonar la adoración con el pre-

texto de que ofendéis á Dios, que le deshonráis más bien que le servís; no prestéis oídos á esta tentación especiosa; en esto consiste la adoración del combate, de fidelidad á Jesús contra vosotros mismos. No, no, no le desagradáis; antes por el contrario, causáis las delicias de vuestro Señor que os está mirando, y que ha permitido á Satanás que turbe vuestra tranquilidad. Él espera de nosotros el homenaje de la perseverancia hasta el último minuto del tiempo que debíamos consagrarle.

Que la confianza, la sencillez y el amor os conduzcan, pues, á la adoración.

## II

¿Queréis ser felices en el amor? Vivid continuamente en la bondad de Jesucristo, siempre nueva para vosotros; seguid en Jesús el trabajo de su amor hacia vos. Contemplad la belleza de sus virtudes, la luz de su amor, más bien que sus ardores; en nosotros el fuego del amor pasa presto, pero permanece su verdad.

Comenzad todas vuestras adoraciones por un acto de amor, y abriréis deliciosamente vuestra alma á su acción divina. Si os detenéis en el camino, es porque empezáis por vosotros mismos; ó bien, si empezáis por cualquiera otra virtud que el amor, os extraviáis. ¿Acaso el niño no abraza á su madre antes de obedecerla? El amor es la única puerta del corazón.

¿Pero queréis ser nobles en el amor? Hablad al amor de sí mismo: hablad á Jesús de su Padre celestial á quien tanto ama; habladle de los trabajos que

Él emprendió para su gloria, y alegraréis su corazón y os amará más y más.

Hablad á Jesús de su amor hacia todos los hombres, y esto dilatará su corazón y el vuestro á causa de la felicidad y de la alegría.

Hablad á Jesús de su santa Madre, que le fué tan querida, y renovaréis en Él la dicha de un buen Hijo; habladle de sus Santos para glorificar la gracia de Dios en ellos.

El verdadero secreto del amor es, pues, olvidarse uno de sí mismo, como San Juan Bautista, para exaltar y glorificar á Nuestro Señor Jesucristo.

El verdadero amor no considera lo que da, sino lo que merece el ser querido.

Si lo haces así, entonces Jesús, contento de ti, te hablará de ti mismo; te manifestará su amor hacia ti, y tu corazón se abrirá á los rayos de este sol como la flor, húmeda y fría por la noche, á los rayos del astro del día. Su dulce voz penetrará tu alma como el fuego penetra en un cuerpo combustible. Y dirás entonces como la Esposa de los Cantares: «Mi alma se ha derretido de felicidad á la voz de mi amado.»—Entonces le oirás en silencio, ó más bien, en la acción más suave y más fuerte del amor: entonces irás á Él.

Porque lo que más tristemente se opone de ordinario el desenvolvimiento de la gracia del amor en nosotros, es que, apenas hemos llegado á los pies del buen Señor, le hablamos á seguida de nosotros mismos, de nuestros pecados, de nuestros defectos, de nuestra pobreza espiritual; es decir, que nos fatigamos el espíritu á la vista de nuestras miserias, nos contristamos el corazón ante el pensamiento de nuestra ingratitud é infidelidad; la tristeza trae apa-

rejada la pena, la pena el desaliento, y sólo á fuerza de humildad, de angustia y sufrimiento salimos de ese laberinto para encontrarnos libres en la presencia de Dios.

En adelante, pues, no obres así.—Mas como el primer movimiento del alma determina ordinariamente toda la acción, dirige este primer movimiento hacia Dios, y dile: «¡Oh mi buen Jesús, cuánta es mi felicidad y mi alegría por venir á veros, por venir á pasar con Vos esta buena hora y á comunicaros mi amor! ¡Cuán bueno sois por haberme llamado! ¡Cuán amable por amar á una criatura tan pobre como yo! ¡Oh, sí, quiero amaros con toda mi alma!»

El amor entonces te ha abierto ya la puerta del corazón de Jesús; entra, ama y adora.

### III

Para adorar bien es necesario recordar que Jesucristo, presente en la Eucaristía, glorifica y continúa allí todos los misterios y todas las virtudes de su vida mortal.

Es preciso tener presente que la santa Eucaristía es Jesucristo pasado, presente y futuro; que la Eucaristía es el último desenvolvimiento de la Encarnación y la prolongación de la vida mortal del Salvador; que allí Jesucristo nos comunica todas las gracias; que todas las verdades confluyen á la Eucaristía, y que al decir Eucaristía se ha dicho todo, pues no es sino el propio Jesucristo.

Que la santísima Eucaristía sea, pues, nuestro punto de partida en la meditación de los misterios, de

las virtudes y de las verdades de la Religión. Ella es el foco: estas verdades no son sino los rayos. Partamos del foco, y nuestros pensamientos se irradiarán por todo el ámbito del mundo sobrenatural.

¿Qué cosa más sencilla que relacionar el nacimiento de Jesús en el establo, con su nacimiento sacramental sobre el altar y en nuestros corazones? —

¿Quién no ve que la vida oculta de Nazareth se continúa en la divina Hostia del Tabernáculo, y que la Pasión del Hombre-Dios en el Calvario se renueva en el santo Sacrificio en cada momento del tiempo y en todos los lugares del mundo?

¿Nuestro Señor Jesucristo no es por ventura tan dulce y humilde en el Sacramento como lo fué durante su vida mortal?

¿No es allí siempre el buen Pastor, el Consolador divino, el Amigo del corazón?

¡Feliz el alma que sabe encontrar á Jesús en la Eucaristía, y en la Eucaristía todas las cosas!



## DIRECTORIO

---

### Práctica para la adoración.

*Semper vivens ad interpellandum pro nobis.*

«Jesús vive siempre para interceder por nosotros.»

(HEBR., VII, 25.)

**E**L santo Sacrificio de la Misa es la más sublime de las oraciones; allí se ofrece Jesucristo á su Padre, le *adora*, le da *gracias*, le *satisface*, y le *suplica* en favor de su Iglesia, de los hombres sus hermanos y de los pobres pecadores.

Esta oración augusta es continuada incesantemente por Jesús en virtud de su estado de víctima en la Eucaristía: unámonos, pues, á la oración de Nuestro Señor Jesucristo; oremos como Él por los cuatro fines del Sacrificio: esta oración resume toda la religión y supone los actos de todas las virtudes.

### I.—DE LA ADORACIÓN

El acto de adoración eucarística tiene por objeto divino la excelencia infinita de Jesucristo, digna por sí misma de todo honor y de toda gloria.

Únete, pues, á las alabanzas de la corte celestial, cuando, prosternada al pie del trono del Cordero, exclama, henchida de admiración: «¡A aquel que está sentado sobre el trono y al Cordero que ha sido inmolado, honor, acción de gracias, virtud, poder y divinidad por los siglos de los siglos!»

Con los veinticuatro ancianos que rinden á los pies del Cordero el homenaje de sus coronas, deposita al pie del trono eucarístico el homenaje de toda tu persona, de tus facultades y de tus obras, diciéndole: «¡A Vos solo amor y gloria!»

Contempla luego la grandeza del amor de Jesús, instituyendo, multiplicando y perpetuando la divina Eucaristía hasta el fin del mundo; admira su sabiduría en esta invención divina, que causa la admiración de los mismos ángeles; alaba su poder, que ha triunfado de todos los obstáculos; ensalza su bondad, que á ella ha vinculado todos los dones.

¡Prorrumpes en transportes de alegría y de amor viendo que tú eres el fin mismo del más grande y del más santo de los Sacramentos; porque Jesucristo habría hecho por ti solo lo que hizo por todos: qué amor!

En la imposibilidad de adorar á Jesús sacramentado como se merece, invoca el auxilio de tu ángel custodio, ese compañero fiel de tu vida. ¡Gozará él tanto de hacer ya contigo aquí en la tierra lo que debe continuar eternamente contigo en la gloria!

Adora con la santa Iglesia á aquel Dios á quien ella te confía, á fin de que la representes á los pies del Altísimo.

Únete á todas las adoraciones de los santos en la tierra, y de los ángeles y santos en el cielo; pero

sobre todo á las adoraciones de María y de José, cuando, únicos poseedores del Dios oculto, formaban toda su corte y toda su familia.

Adora á Jesús por Jesús mismo; ésta es la más perfecta adoración: Él es Dios y hombre, tu salvador y tu hermano á la vez.

Adora al Padre celestial por su Hijo, ó mediante su Hijo, que es el objeto de todas sus complacencias; de este modo tu adoración tendrá el mismo valor que la de Jesús, que la hará suya.

## II.—DE LA ACCIÓN DE GRACIAS

La acción de gracias es el acto de amor más dulce al alma y más agradable á Dios; es el homenaje perfecto á su bondad infinita. La Eucaristía ya es ella misma el agradecimiento perfecto; *eucaristía* quiere decir acción de gracias: en ella Jesús da gracias á su Padre por nosotros; Él es allí nuestra propia acción de gracias.

Mostrad, pues, vuestra gratitud á Dios Padre por haberos dado á su divino Hijo, no sólo como Salvador en la Encarnación, como Maestro en la verdad, como Redentor en la cruz, sino principalmente como vuestra eucaristía, vuestro pan de vida, vuestro cielo en sus comienzos.

Significad también vuestro agradecimiento al Espíritu Santo por continuar reproduciéndole diariamente sobre el altar, á la voz del sacerdote, como lo hizo la primera vez en el seno virginal de María.

Pero que vuestra acción de gracias ascienda hacia el trono del Cordero, hacia el Dios oculto, como un incienso de perfume agradable, como la más bella

armonía de vuestra alma, como el amor más puro y más tierno de vuestro corazón.

Da gracias en la humildad de tu corazón, como Santa Isabel en presencia de Maria y del Verbo encarnado; da gracias con el estremecimiento de Juan Bautista al sentir la proximidad de su divino Maestro, oculto como él en el seno de su madre; da gracias con la alegría y generosidad de Zaqueo al recibir en su casa la visita de Jesús; da gracias con la santa Iglesia y la corte celestial; y para que tu acción de gracias pueda ser continua y siempre creciente, haz como en el cielo: considera la belleza, la bondad siempre antigua y siempre nueva del Dios de la Eucaristía, que se consume y renace sin cesar sobre el altar por nuestro amor; contempla su estado sacramental, los sacrificios que ha hecho desde el Cenáculo para llegar hasta ti, los combates que ha tenido que sostener contra su propia gloria para rebajarse hasta el límite de la nada, para sacrificar así su libertad, su cuerpo, su persona misma; y todo esto sin condición ni de tiempos ni de lugares, sino abandonándose, sin más defensa que su amor, al amor ó al odio de los hombres.

A la vista de tantas bondades del Salvador para con todos los hombres, y especialmente para con vosotros, los que le poseéis y gozáis y en Él y por Él vivís, abrid vuestro corazón, y que salga de él la acción de gracias como emana la llama de un horno encendido de un foco poderoso; que esa acción de gracias rodee el trono eucarístico, que se adhiera, se junte y se confunda con ese foco divino, con la llama radiante y devoradora del Corazón de Jesús. Que estas dos llamas se eleven hasta el cielo, hasta el

trono de Dios Padre, que os dió á su Hijo, en que habéis recibido á toda la Santísima Trinidad.

### III.—DE LA PROPICIACIÓN

A la acción de gracias debe suceder la satisfacción, la reparación ó la propiciación; vuestro corazón debe pasar de la alegría á la tristeza, á los gemidos, á las lágrimas, al más profundo dolor, considerando la ingratitud, la indiferencia, la impiedad de la mayor parte de los hombres hacia el Salvador eucarístico. ¡Ved cuántos hombres olvidan á Jesús después de haberle amado y adorado! ¿Es que ya no es amable? ¿Por ventura ha dejado de amarlos? ¡Oh, qué ingratitud! Precisamente por ser Él demasiado amante no quieren amarle ya; por ser Él demasiado bueno no quieren ya recibirlo; por haberse hecho excesivamente pequeño, excesivamente humilde, excesivamente nada por los hombres, es por lo que aquellos no quieren ya verle, y de aquí que huyan y esquiven su presencia y su recuerdo, que les importuna y apremia.

Hay algunos de éstos que, para vengarse de su excesivo amor, le insultan, le ultrajan y reniegan de Él, no pudiendo ignorarlo este Padre tan bondadoso, este Señor tan dulce. Cierran los ojos á este sol de amor para no verle más; y entre estos ingratos hay vírgenes sacrílegas, sacerdotes indignos, corazones apóstatas, serafines y querubines caídos de su esplendor y gloria. ¡Oh! He aquí vuestra misión, vuestro deber, adoradores eucarísticos, que consiste en llorar á los pies de Jesús menospreciado de los suyos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tan-

tos lugares; que consiste en consolar el corazón de este tierno Padre, á quien el demonio, su enemigo, ha arrebatado sus hijos. Prisionero eucarístico, no puede ya correr tras de sus ovejas descarriadas y expuestas á la voracidad de los lobos que las persiguen. Debéis, por tanto, pedir gracia para los culpables, pagar su rescate á la divina misericordia, que necesita de corazones suplicantes; debéis constituirlos en víctimas propiciatorias con Jesús Salvador, quien, no pudiendo ya sufrir después de haber resucitado, sufrirá en vos y por vos.

#### IV. — DE LA SÚPLICA

Finalmente, la súplica ó impetración debe coronar vuestra adoración y constituir su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y poderío de la oración eucarística. No todos los hombres pueden predicar á Jesucristo con la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas; pero todos los adoradores tienen la misión de María á los pies de Jesús, que es la misión apostólica de la oración, y de la oración eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pie del trono de la gracia y de la misericordia. Orar es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción su divina misericordia, es regocijarse, dilatar el amor de Dios para con sus criaturas cumpliendo la ley de la gracia, que es la plegaria ó la súplica. La oración es, pues, la mayor glorificación de Dios por el hombre. La oración es la más grande virtud del hombre: ella abraza todas las virtudes, porque todas las virtudes la preparan y compenetran.

Es la fe que cree, la esperanza que ruega, la caridad que pide para dar; la humildad de corazón inspira la plegaria, la confianza la expone, la perseverancia triunfa del mismo Dios.

La oración eucarística tiene además otra excelencia; va directamente como dardo inflamado al corazón de Jesús; ella hace trabajar, obrar, revivir á Jesús en su Sacramento, ella desata su poder.—El adorador hace más todavía: él ora por Jesucristo, le coloca sobre su trono de intercesión cerca del Padre, como abogado divino de sus hermanos rescatados.

¿Pero cuál habrá de ser el objeto de nuestras súplicas? Aquella sentencia *Venga á nos el tu reino* (Adveniat regnum tuum) debe ser el fin y la norma de las oraciones de los adoradores.—Deben orar para que la luz de la verdad de Jesucristo alumbre á todos los hombres, especialmente á los infieles, judíos, herejes y cismáticos, y pedir su retorno á la verdadera fe como á la verdadera caridad.

Deben orar por el reinado de la santidad de Jesús en sus fieles, en sus religiosos, en sus sacerdotes, á fin de que viva siempre en ellos por el amor.—Deben orar especialmente por el Soberano Pontífice, según todas las intenciones de su corazón; por el Obispo de la diócesis, según todos los deseos de su celo; por todos los sacerdotes de la comarca, á fin de que Dios bendiga todos sus trabajos apostólicos y los encienda en celo por su gloria y en el amor de la santa Iglesia.

Para dar alguna variedad á sus plegarias, los adoradores recitarán detenidamente ora la oración dominical, ora la bellísima oración siguiente: «Alma santísima de Cristo, santifícame; Cuerpo preciosísimo de Cristo, sálvame; Corazón purísimo de Cristo,



purificame, alúmbrame, abrázame en tu amor; Sangre sacratísima de Cristo, embriágame; Agua del costado de Cristo, lávame; Pasión de Cristo, cónfórtame; oh mi buen Jesús, óyeme; dentro de tus llagas, escóndeme; no permitas que jamás me aparte de ti por el pecado; del maligno enemigo desfiéndeme; en la hora de mi muerte recibeme, y mándame ir á ti, para que junto con los ángeles y santos te alabe y te bendiga eternamente. Amén.»—Podrán también recitar las piadosas letanías del santo Nombre de Jesús.

Que los adoradores no se retiren de la presencia del Señor sin darle gracias por su audiencia de amor; que le pidan perdón por sus distracciones é irreverencias; que le ofrezcan en homenaje de fidelidad una flor de virtud, un ramillete de pequeños sacrificios, y luego, que salgan de allí como del Cenáculo, como el ángel parte del trono de Dios para volar al cumplimiento de sus divinos mandatos.

*Consiste de la oración y  
de la acción de gracias*



## MÉTODO DE ADORACIÓN

por los cuatro fines del santo Sacrificio de la Misa.

**D**IVÍDESE la hora de adoración en cuatro partes. En cada cuarto de hora se honra á Nuestro Señor Jesucristo por uno de los cuatro fines del Sacrificio, á saber: la *adoración*, la *acción de gracias*, la *propiciación* y la *súplica*.

### *Primer cuarto de hora. — La adoración.*

1.º Adorad desde luego á Nuestro Señor en su divino Sacramento por el homenaje exterior del cuerpo. Hincaos de rodillas, desde que divisáis á Jesús en la Hostia adorable. Prosteraos ante Él con profundo respeto, en señal de vuestra dependencia y de vuestro amor. Adoradle en unión con los Reyes Magos cuando prosternándose y humillando su cabeza adoraron al Niño-Dios en su humilde pesebre envuelto en pobres mantillas.

2.º Después de este primer acto de homenaje silencioso y espontáneo, adorad á Nuestro Señor con